DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

VEINTE SIGLOS DE ARTE MEXICANO

POR

MANUEL TOUSSAINT

EL día 14 del pasado mes de mayo se inauguró solemnemente la Exposición denominada VEINTE SIGLOS DE ARTE MEXICANO en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York. Sin duda puede afirmarse que esta exposición constituye la expresión más vigorosa y completa del arte mexicano de todos los tiempos: una síntesis en que están representados los valores plásticos desde la época anterior a la conquista hasta nuestros días. Sólo la reunión de un complicado número de circunstancias pudo hacer factible esta exposición. El esfuerzo que representa, al verse coronado por el éxito, no hace olvidar sus dificultades. Por eso es conveniente hacer una reseña detallada que sirva como historia de este acontecimiento. Para proceder con método debemos agrupar así nuestras ideas: primero, formación del Comité; segundo, selección del contingente; tercero, arreglo de los objetos para su exhibición, y cuarto, el Catálogo.

1º Formación del Comité

Desde mediados del año de 1939 se había iniciado la idea de organizar una exposición de arte mexicano en París. Esa exposición debería resumir todas las manifestaciones estéticas de México relacionadas con la vida del pueblo. Se formó un Comité numerosísimo. Se estudiaron someramente los planos del edificio en que el certamen iba a efectuarse, el *Jeu de Paume,* y se esperaba

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

realizar la exhibición en el mes de mayo del presente año. Desgraciadamente la guerra vino a frustrar todos los proyectos iniciados. Fué entonces cuando surgió la idea de realizar esa exhibición en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York, edificio recién construído y que cuenta con las facilidades más grandes para una exhibición de arte. Se organizó un comité mexicano que discutió con el Vicepresidente Ejecutivo del Museo, Mr. John E. Abbott, todos los detalles relativos al contrato que había de firmarse. El Comité Organizador quedó constituído por el Dr. Alfonso Caso como Presidente, el señor Pablo Martínez del Río como Secretario, licenciado Alfonso Ortega Martínez como Subsecretario y el señor Luis G. Inzunza como Tesorero. La parte técnica del comité quedó organizada en la siguiente forma: Director de la Sección Prehistórica, doctor Alfonso Caso; Ayudantes, señores Salvador Mateos y Vladimiro Rosado Ojeda; Director de la Sección Colonial, Manuel Toussaint; Ayudante, Justino Fernández; Director de la Sección de Arte Popular el señor Roberto Montenegro; Ayudantes señores Federico Hernández Serrano y Mario Alonso, y Director de la Sección de Arte Moderno, señor Miguel Covarrubias, Ayudante Gabriel Fernández Ledesma. El Director de Instalación, Mr. John McAndrew. El fotógrafo oficial, señor Luis Limón. El Comité encargado de las publicaciones quedó compuesto por Mr. Monroe Wheeler y los señores Francisco Orozco Muñoz y Francisco Díaz de León.

Durante los meses de enero a abril se trabajó arduamente así en la selección y empaque de las piezas como en la impresión del Catálogo y la formación de los inventarios. En la fecha oportuna salieron los objetos en tres carros de acero y la exposición pudo ser inaugurada oficialmente el día 14 de mayo. Sólo faltaban algunas maquetas de arquitectura colonial que había sido difícil obtenerlas, pero pocos días después, la instalación estaba completamente arreglada.

2º Selección de objetos

Las cuatro secciones de que está formada la exposición deben regirse por un concepto distinto al seleccionar sus objetos. La sección prehistórica debía representar todas las culturas que existieron en México antes del descubrimiento de América, así en su desarrollo estético como en la integridad de su expresión. La sección de arte colonial, ante la imposibilidad de tener una representación íntegra, debía escoger obras de primer orden pertenecientes a cada período estético, desentendiéndose de aquellos artistas mediocres que casi sólo son interesantes desde el punto de vista erudito, pero no por su va-

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

lor plástico. La sección de arte popular tenía ante sí el difícil problema de buscar la expresión íntegra del arte popular de todas las regiones de México, pero las piezas escogidas debían tener un real valor plástico, cosa difícil, ya que en los objetos de uso diario el valor artístico casi desaparece. Para el arte moderno había dos caminos: o presentar únicamente a los artistas consagrados o hacer una exhibición en que estuviesen representados el mayor número posible de artistas. El señor Covarrubias se decidió por el segundo camino. Planteado así el problema veamos los que cada sección realizó.

La sección prehispánica es sin duda la más completa; hubo hasta un exceso de objetos de los cuales varios no pudieron ser expuestos, y el instalador, como veremos a su tiempo, tuvo ante sí un grave problema. Nunca se había visto tal cantidad de objetos de arte prehispánico agrupados en una forma tan sugestiva, sin perder por eso la seriedad científica del asunto.

La sección colonial, a mi modo de ver, es la mejor instalada. A primera vista la sección aparece menos rica que cualquiera de las otras tres, pero estudiándola se ve cómo realza el valor de cada pieza por sí. En esta sección estuvieron representadas todas las manifestaciones artísticas de la colonia: la arquitectura por cinco maquetas, a saber: la catedral de México, portada de la iglesia de San Agustín Acolman, portada de la Casa de Montejo en Mérida de Yucatán, fuente del Salto del Agua y Capilla del Pocito de la Villa de Guadalupe. Además se exhibe una serie de fotografías que enseñan los diversos motivos arquitectónicos del país y que por sí solas son algunas de ellas verdaderas obras de arte. La pintura colonial está representada por cuadros de los mejores maestros, que pueden compararse con sus contemporáneos españoles. Desde un viejo San Francisco en tabla, obra de indios de mediados del siglo XVI hasta las pinturas neoclásicas de Ximeno, sin omitir a los dos grandes Echaves, a Arteaga, a José Juárez, a los dos Correas, Juan y Nicolás, a Villalpando, a Cabrera, a Juan Rodríguez Juárez, a Pérez de Aguilar y a Pedro Ramírez, cuyo magnífico cuadro que representa las Lágrimas de San Pedro, firmado por él, podía pasar por un Zurbarán. Una omisión sensible hay en esta parte: la reproducción de algún gran fresco conventual del siglo XVI. Existió el proyecto de hacerla, mas por la premura del tiempo no pudo ser llevada a cabo.

La escultura está representada por escasas piezas, pero todas de calidad maestra: dos grandes esculturas mayores de tamaño natural que figuran a la Virgen y a San Juan, de madera tallada y estofada. Seguramente pertenecieron a algún retablo de la segunda mitad del siglo XVI y se caracterizan por la gran amplitud del movimiento, la simplicidad de las formas y la belleza del

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

color en sus paños. Una pequeña escultura en alabastro que reproduce a San Sebastián y data del siglo XVII, revela la ingenua mano del indio y la aguda percepción de la forma. La dramática escultura española, tan en boga en la Península a partir del siglo XVI, nos muestra una cabeza de San Diego de Alcalá cuyo gesto patético parece alarido de pena más que plegaria. El realismo hispano ha sido llevado al extremo: los dientes y las pestañas son naturales. La gran escultura barroca y churrigueresca ofrece tres magníficas piezas: un gran San Francisco con los brazos abiertos, un San José deslumbrante en su estofado y un San Antonio cuya dulzura de rostro compite con la elegancia del sobrio vestido.

Las artes industriales están representadas en primer sitio por grandes ornamentos bordados que por primera vez se exhiben en un museo público: la incomparable capa pluvial del Deán Malpartida y Centeno de fines del siglo XVII firmada por Rangel; casullas y dalmáticas del siglo XVIII con bordados de seda policroma. La orfebrería cuenta con un buen lote de piezas de uso religioso: cálices y custodias, navetas e incensarios, candeleros, sandalias y un báculo barroco de carey y plata dorada que es un primor. Los muebles coloniales no podían ser representados en una forma completa, así por la dificultad en obtenerlos y en trasladarlos como porque, de no llevar los más magníficos que existen, se corría el riesgo de una comparación desfavorable con las piezas similares de museos y colecciones norteamericanos; aparecen, pues, sólo dos sobrios sillones de los capitulares de México, obra del siglo XVII, de baqueta y pita, elegantísimos en sus líneas sencillas. Dos libros de coro enseñan cómo se trabajó el arte de la miniatura en la Nueva España, un lote de laca en las hermosísimas bateas del siglo XVIII y, además, un pequeño conjunto de cerámica y algunos hierros forjados completan el conjunto.

Difícil es describir la selección de arte popular; baste hacer notar que es la más completa que puede haberse visto: *judas* fantásticos, máscaras variadísimas de forma y color, cerámica de diversas regiones, textiles, juguetes, piezas de confitería, adornos femeninos, todo lo que se encuentra en los mercados de nuestros pueblos fué recogido en grado superabundante para llevarlo a Nueva York.

La sección de arte moderno incluyó pinturas de casi todos los artistas de México que tienen una filiación moderna, lo cual permite conocer casi por completo la pintura actual de México aun a riesgo de no permitir que el valor de cada pintura sea realzado, por el excesivo número de ellas. Los tres grandes maestros Orozco, Rivera y Alfaro Siqueiros están en lo general bien representados, salvo quizás Rivera cuyo patrimonio tuvo que ser aumentado con

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

tres frescos portátiles pintados desde 1931. La parte de escultura es escasa, y debe notarse que la falta más sensible de la exposición fué la carencia de un conjunto de fotografías de la arquitectura contemporánea de México, que ha interesado profundamente a diversos críticos y artistas norteamericanos.

3º Instalación

Casi hemos indicado ya las características de la instalación en las diversas secciones, pero conviene insistir un poco en cada una de ellas. La sección de arte prehispánico, instalada en la parte baja, alcanza perfecciones asombrosas, buscando efectos plásticos en las piezas principales. Quizás la única censura que puede hacérsele se refiere a la colocación de la *Coatlicue,* pues se encuentra colocada en el jardín, en un sitio que no permite apreciar la grandiosidad de la escultura ni la fuerza emotiva de sus relieves. Bien es verdad que no se trata de la pieza original, sino de un vaciado cuyo color dista mucho de ser perfecto, y tal vez estas circunstancias influyeron para no darle el lugar que merecía como la escultura más notable que salió de las manos aztecas.

La sección colonial se encuentra perfectamente instalada, como ya he dicho; el único motivo de censura lo produce el hecho de que las piezas de plata colonial fueron limpiadas, con lo que se les quitó su pátina de antigüedad. En México ya habían sido limpiadas para quitar la cera de los candeleros y el exceso de óxido, pero procurando respetar la pátina que da a la plata esa admirable entonación gris oscura.

La sección de arte popular se encuentra, a mi modo de ver, perfectamente instalada. Claro es que podría haberse instalado en otra forma, si el artista que hizo la instalación se hubiese atenido más al valor etnográfico o científico de los objetos, pero, buscando únicamente su efecto plástico, no pudo haber obtenido mejor realización.

Lo mismo puede decirse del arte contemporáneo: dado el excesivo número de obras que había que exponer, buena dificultad hubo para lograr que éstas no parecieran amontonadas. Si consideramos, como debe considerarse, la instalación como una verdadera creación artística, el responsable de esta creación, Mr. John McAndrew, debe ser felicitado efusivamente por el éxito obtenido, pues, dejando a un lado los pequeños reparos hechos, el conjunto no pudo ser ni más brillante ni más apropiado para cada sección.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1940.5.183

4º El Catálogo

Podemos afirmar que el Catálogo de esta exposición constituye una breve historia del arte en México, la única completa que en la actualidad se ha escrito. Para los recursos tipográficos del país, para la premura con que se hizo y las demás dificultades que en toda obra en que intervienen muchas personas se suscitan, puede decirse que el Catálogo es un verdadero éxito. La técnica de impresión adoptada, el offset, que era la indispensable para el elevado tiraje (veinticinco mil ejemplares), no es la adecuada para reproducir grabados en negro, sobre todo de arquitectura o de escultura, pues no alcanza el relieve que otros procedimientos gráficos y así puede verse que algunas de las láminas de la sección colonial toman una tonalidad gris general que mata el relieve e impide el vigor del claroscuro. Las erratas del libro son pocas y no muy importantes, y si se atiende a las demás circunstancias y a la utilidad que, a no dudarlo, prestará a los estudiosos mexicanos y extranjeros que se interesan por nuestro arte, este libro quedará, no sólo como un recuerdo de la magnífica exposición de arte mexicano, sino como guía segura para futuras investigaciones.